

ELOGIO DESMEDIDO DE JUAN GARCIA HORTELANO

Cuando las dos primeras novelas de García Hortelano fueron premiadas y editadas por Seix Barral, de algún modo se premiaba también a una temática nueva en aquel tiempo: la crítica de la clase media y alta madrileña, de la sórdida burguesía de la capital. Porque, dejando aparte juicios de valor literario, ni La colmena, ni El Jarama, ni Tiempo de silencio (las tres novelas más representativas de las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, respectivamente), pese a que sus acciones se desarrollaban en Madrid y alrededores, tocaban el tema de la burguesía capitalina esólo de refilón. Eran novelas sobre el Madrid de la postguerra, y el hambre, el miedo, la chatura mental, el obligado silencio y el subdesarrollo campeon en sus extraordinarias páginas.

Pero el fenómeno García Hortelano fué otra cosa.

El premio Biblioteca Breve a Nuevas amistades y el premio Formentor a Tormenta de verano fueron como un aliento dado al escritor que abría una brecha de luz sobre la absurda y ridícula clase social que jugaba a modernizarse: retrataba sus fiestas y guateques, flirteos y falsas liberaciones sexuales, en medio de un ambiente que olía a berza y a confesionario. El moderado escándalo que estas dos obras levantaron en los ambientes madrileños hace recordar al más amplio que en su época armaron ciertas novelas de Galdós: unos negaban que aquellos retratos sociales fuesen correctos, ajustados y dignos, y otros intentaban imitar ambientes y personajes, por aquello de estar a la moda, sea la que sea. ¡Faltaría más!.

Desde sus primeros viajes a Barcelona, en la Casa Oscura, en bares y otros lugares de charla, donde fuese, me sorprendieron la vitalidad

y el desenfadado de García Hortelano, que, por su cuidado atuendo y su bigote, más parecía un Inspector de Hacienda o un Ingeniero de Montes que un novelista. Luego supe que trabajaba en un Ministerio, y si por un lado, el de su porte externo, se aclaró la cuestión, por otro, el de su verdadera personalidad y el de su ideología, la cosa se complicaba. En aquella época era difícil entender que en Ministerios y otras dependencias del gobierno pudiesen existir funcionarios antifranquistas. Por fortuna sí los había, y aunque eran pocos, sirvieron de apoyo a mucha gente que, en la clandestinidad o en la calle, y también en la cárcel, sufría los rigores de la represión.

García Hortelano, como novelista y como persona, contribuyó, como otros escritores, a un mutuo acercamiento cultural entre Barcelona y Madrid, dos ínsulas que hasta bien avanzados los años cincuenta, permanecían alejadas y desconociéndose. Lo hizo de una manera informal, a su aire, respetando derechos adquiridos por gente que le precedió - Jaime Salinas, Carmen Martín Gaité, Carlos Barral y el etcétera de turno, no muy largo - y haciéndose querer por todos. Es muy cariñoso, decían, parece de buena familia, debió salirse del Seminario, es un amor. Y Juanito sonreía, saludaba a las chicas y se dejaba querer. A la mañana siguiente tomaba el avión para Madrid, y hala, a trabajar en el Ministerio, a escribir todo el tiempo que podía, y a asistir a reuniones políticas clandestinas, casi aunque no tuviese tiempo.

No le he perdido la pista, no, y he seguido viéndole y leyendo sus libros posteriores: Gente de Madrid, El gran momento de Mary Tribune y Apólogos y milesios. Ultimamente escribe poesía, y dice que todo novelista debiera acabar escribiendo poesía. No sé cómo se han tomado este juicio los penados de la narrativa. Pero García Hortelano, aparte de poetizar él, ha publicado una polémica antología: El grupo poético de

los años 50, grupo que, como él dice, nunca existió. De acuerdo, pero el prólogo a esta antología bien vale la invención.